

El desarrollo sustentable: crítica del discurso y de las prácticas*

Pierre Beaucage

In memoriam

Pablo Osorio, agricultor y albañil nahua,
maestro de conocimientos y prácticas sustentables:
¡Maj Dios mitsuikas!

Hace dieciocho años la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo (CMMAD, también llamada Comisión Brundtland, por el nombre de su presidenta) acuñó el concepto de *desarrollo sustentable* (*sustainable development*) que definió como: “*un desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas*” (CMMAD 1989:51). En esta definición ocupa un lugar central el concepto de necesidades humanas, lo que supone que podamos tratar a escala global. Hablaremos de este problema a continuación. La CMMAD

* Los datos que sirven de base a este capítulo fueron reunidos a lo largo de treinta años, durante los cuales la problemática del desarrollo fue para mí un tema constante de reflexión, tanto en mi docencia en el Departamento de Antropología de la Universidad de Montreal, como en mis investigaciones en América Central y México. Su redacción fue posible gracias a la Fundación Sur-Norte de la Universidad de Valencia, que me otorgó la Cátedra UNESCO para el Desarrollo Sostenible en 2003. Quiero expresarles aquí mi agradecimiento, en particular al Sr Ximo Revert, responsable de la organización de la Cátedra, y a la profesora Francisca Giner, de Infosud, Centro de Documentación Sur-Norte, quien me dio acceso a las numerosas fuentes del Centro. Mi agradecimiento va también al doctor José Luis Fresquet, director del Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación (CSIC-Universidad de Valencia) y a la doctora Carla P. Aguirre, secretaria del Departamento de Historia de la Ciencia y Documentación de la Universidad de Valencia, quienes apoyaron mi candidatura.

opta así por una definición *antropocéntrica* de la sustentabilidad. Como veremos más adelante, las definiciones antropocéntricas de la sustentabilidad se oponen a otras definiciones, como la de la “ecología profunda” que puede ser calificada de *eco-* o *biocéntrica*, porque prioriza un equilibrio ambiental al que tendrían que someterse las necesidades de los seres humanos.

Rápidamente, el nuevo concepto obtuvo consenso y se convirtió en un componente necesario de los discursos de los gobiernos y de las grandes agencias internacionales de desarrollo, como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO), etcétera. En 1992, fue convocada la Cumbre de la Tierra en Río con el fin de definir las líneas directivas de una nueva forma de concebir y de poner en marcha, a escala planetaria, un desarrollo compatible con la sustentabilidad. Desde entonces, cualquier grupo de campesinos, de indígenas o de damnificados que solicita algo de los menguantes fondos destinados a la “ayuda” internacional sabe que hay que introducir estas dos palabras mágicas, “desarrollo sustentable”, en su solicitud, junto con otras referencias obligadas que son “la dimensión de género” y la “governabilidad”.

A pesar de una reorientación aparentemente tan radical, los problemas no dejaron de seguir acumulándose después, tanto en el ámbito del llamado desarrollo como de la llamada sustentabilidad. Un examen, aunque muy superficial, de la situación mundial a fines del siglo XX, revela que ninguno de los dos términos “desarrollo” y “sustentable”, corresponde a los procesos que se están dando actualmente. En lo que toca a la dimensión “satisfacer las necesidades del presente”, basta recordar que, según las cifras oficiales, de los 6000 millones de humanos que pueblan la tierra, alrededor de 1200 millones consumen diariamente 1250 calorías o menos, y cantidades ínfimas de proteínas: digamos las cosas crudamente, ¡la dieta Danone... sin Danone! Mientras tanto, en 1998, el ingreso de los 358 individuos más ricos del planeta equivalía al de los 1 500 millones más pobres.

Frente a estos datos, la teoría clásica del desarrollo, tal como fue formulada sintéticamente por Rostow (1960) responde que tampoco el desarrollo de Inglaterra o Estados Unidos se hizo en un día. Todos los países tendrían que pasar por las mismas cinco etapas, siendo la segunda la del “despegue” (*take-off*). Los países subdesarrollados o bien no han despegado

aún o bien están despegando. Comparemos su dinámica reciente con la de los más desarrollados. En 1960, al principio de la primera Década del Desarrollo, el ingreso medio por habitante de los 40 países más pobres del mundo, en relación con el ingreso medio de los 24 países de la OCDE, era de 1/30; en 1996, 36 años después, la relación de su ingreso per cápita con los países de la OCDE es de 1/60. La esperanza de vida en los países de África sud-sahariana, que había rebasado los 50 años en los años 1970, actualmente está más cerca de los 40 años en muchos países. Y no solamente por la pandemia del sida, sino también porque la tuberculosis, el paludismo y las enfermedades gastro-intestinales están en aumento. Sin embargo, es probable que, entre 1980 y 2 000, el ingreso medio del habitante de la Tierra haya pasado de \$4 000 a \$5 000 dólares americanos constantes, aproximadamente. Sí, hubo crecimiento global, pero la evidencia apunta a que el sistema económico y social mundial imperante, el capitalismo (ya no hay otro sistema vigente), si bien logra producir siempre más riqueza (por lo menos entre las recesiones) es pésimo para distribuirla. Es lo que llamo, con el agrónomo francés René Dumont, el *maldesarrollo*, como se dice la *malnutrición* (Dumont y Mottin 1981). Así que, tanto de manera sincrónica como diacrónica, los procesos actuales se revelan en contradicción con la dimensión *social y económica* de la definición de la CMMAD: “satisfacer las necesidades”.

En cuanto a la sostenibilidad *ecológica*, el mismo informe de la CMMAD alude indirectamente a ella cuando dice que hay que preservar “la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer sus necesidades”. Si bien en los últimos cuarenta años no hemos agotado los recursos naturales, en algunos sectores, como el energético, se puede entrever la escasez. Estados Unidos, el mayor consumidor del planeta, tiene recursos petroleros propios sólo para trece años, Europa Occidental para siete.¹ Por otra parte, durante el mismo período, hemos rebasado con creces la capacidad del ambiente para absorber nuestros desechos. El caso más evidente es el del consumo de energías

1. De allí la imperiosa necesidad de ejercer un control directo sobre el Medio Oriente, donde tres países, Arabia Saudita, Irán e Irak, poseen las únicas reservas comprobadas que puedan dar para decenios. Es el motivo económico del ataque, y de la actual ocupación de Irak, que operó junto con el factor geopolítico y la ofensiva simbólica contra el terrorismo (Todd 2002:57).

fósiles (petróleo, carbón, gas). A finales de los años 70, por primera vez en la historia de la humanidad, empezamos a mandar a la atmósfera más dióxido de carbono que los 5 000 millones de toneladas anuales que la vieja Gaia, con sus mares y sus bosques, puede absorber anualmente. Ahora hemos alcanzado los 9 000 millones de toneladas y la cifra sigue aumentando. Por fin, los humanos nos hemos convertido en una fuerza geofísica, como soñaron los profetas de la tecnología. Pero no fue para transformar el planeta en un Edén, sino para hacerlo progresivamente invivible. La confianza ciega en que los progresos de la ciencia y de la técnica resolverían también, tarde o temprano, los problemas ecológicos tampoco ha tenido confirmación en los últimos decenios: las distintas soluciones a la escasez de recursos vitales y a la contaminación masiva del aire, de los suelos y del agua chocan con las tendencias profundas del sistema productivo global. Examinaremos en seguida sus dificultades de aplicación.

El abismo creciente entre el concepto de desarrollo sustentable y las prácticas actualmente dominantes hizo que varios especialistas empezaran a echar una mirada crítica sobre el concepto mismo: entre ellos, el francés Gilbert Rist (1996) y el colombiano Arturo Escobar (1995, 1999). Este texto se inscribe dentro de esa perspectiva crítica. Para mí, esta crítica tiene que hacerse de dos maneras: deconstruyéndolo para mostrar sus incoherencias discursivas (como hace Rist), por una parte, pero ampliando también la crítica para incluir las prácticas que se fundan en él y para desembocar en alternativas (como lo hace Escobar). ¿Por qué, a pesar de los cuestionamientos y denuncias que se han hecho, sigue el desarrollo sustentable ocupando un lugar central tanto en los estudios como en las políticas de desarrollo? En este artículo, me propongo analizar primero varios discursos elaborados en torno al concepto de desarrollo sustentable e identificar los actores sociales que los apoyan. En segundo lugar, examinaré la situación actual a partir de una perspectiva diferente, la de la ecología política. Eso me llevará a cuestionar la visión dominante de la naturaleza y a proponer una visión alternativa.

LAS CONTRADICCIONES DISCURSIVAS: EL OXIMÖRON DEL DESARROLLO SUSTENTABLE (RIST)

Gilbert Rist dedicó un libro a la deconstrucción del concepto de desarrollo, desde el famoso Punto IV del presidente Truman, hasta su último avatar, el desarrollo sustentable (Rist 1996). Su tesis principal, en síntesis, es que la teoría misma del desarrollo, incluyendo su forma más reciente de “sustentable”, no es más que una representación y legitimación de la historia de Occidente y por eso no es aplicable globalmente. En el siglo XVIII, los filósofos de las Luces elaboraron un nuevo mito fundador para remplazar los de la religión cristiana. Con el nombre de “progreso” postularon que la historia sigue un curso lineal, en el cual la humanidad está destinada a alcanzar niveles siempre superiores de perfección material y espiritual (Duchet 1977:18). En el siglo XIX, se le remplazó por la palabra “Civilización” (la occidental, por supuesto), cuya difusión justificaba la expansión colonial. Después de la Segunda Guerra Mundial, se impuso el término “Desarrollo”, que insiste en el crecimiento económico como elemento fundamental para satisfacer las “necesidades” de los pueblos pobres.

Bajo estos tres vocablos principales, Rist identifica un solo mito, asentado en el adelanto científico-técnico y en el crecimiento económico occidental de los últimos tres siglos, mito que se quiso imponer a los demás pueblos del mundo (como se hizo antes con el cristianismo). Ahora bien, el siglo XX, con sus guerras y genocidios, ha puesto en jaque su plausibilidad en Occidente mismo, mientras que en el llamado Tercer Mundo constituyó generalmente un fracaso desde su inicio. Para no abandonar nuestra creencia, la hemos venido sobrecargando de calificativos: frente a la concentración del poder, inventamos el “desarrollo participativo”, y frente al fracaso ecológico, le añadimos “sustentable”.

Con esas adiciones no se hizo más que aumentar la confusión, la que, en el caso del desarrollo sustentable, según Rist, se convierte en contradicción directa entre los términos, u *oximöron*. Por una parte, el concepto de desarrollo, como fruto de la historia de Occidente se refiere necesariamente al *crecimiento* continuo de la producción. Ésta requiere no solamente capital y mano de obra en cantidades siempre crecientes, sino también el consumo

productivo de una cantidad cada vez mayor de recursos naturales: energía y materias primas. Y el proceso de acumulación, ya sometido a sus ciclos internos de expansión-recesión, no admite traba externa como la ambiental. Por otra parte, la *sustentabilidad* implica ante todo conservación de recursos no renovables (por ejemplo, hidrocarburos fósiles y metales) y renovación continúa de los recursos bióticos. Lo que obviamente no corresponde en nada a la dinámica observable en este principio de milenio, a pesar del Informe Brundtland o de la Cumbre de la Tierra. La crítica de Rist permite descubrir que, bajo la apariencia de un discurso preocupado por el bienestar de todos, hoy y mañana, el desarrollo fue una adaptación al contexto de la Guerra Fría² de la vieja creencia en el progreso.

Si la historia real de la humanidad es, como tal, difícilmente compatible con los conceptos de “progreso” y de “desarrollo”, sustentable o no, y si éste no es una solución generalizable, ¿existe otra? El autor esboza brevemente tres alternativas. La primera sería una especie de keynesianismo a escala planetaria donde una autoridad mundial benévola (¿cuál?) corregiría los efectos perversos del mercado (Rist 1996:395-397). La descarta en seguida, porque “los que tienen el poder no tienen interés en el cambio [...] y los que quieren el cambio no tienen los medios para imponerlo” (*Ibid.*:397). La segunda “se inspira en las prácticas de ciertos movimientos sociales del Sur” que aunque débiles y marginales, puede constituir una alternativa a los múltiples programas de desarrollo que han terminado fracasando (*Ibid.*:398-401). La tercera es una crítica fundamental de ese “paradigma agotado” del desarrollo para que surja una concepción del “post-desarrollo”: es decir, una actividad esencialmente teórica a la que el autor invita particularmente a los historiadores y a los antropólogos (*Ibid.*:401-405). Esa actividad teórica crítica es absolutamente necesaria y Rist lo muestra ampliamente en su libro. Pero la razón crítica en sí no genera soluciones, sino en la vieja tradición del racionalismo cartesiano francés, que asume que: a) la lógica del discurso determina la lógica de la realidad; y que b) existe *un* discurso dominante, que somete a todo el sistema social. Yo postulo, al contrario,

2. Ver en particular su brillante análisis de las condiciones de la “invención del desarrollo”, a partir de unas cuantas frases del presidente Truman (Rist 1996:116-134).

que: a) las prácticas sociales, a su vez, influyen el discurso, aunque no de manera inmediata ni mecánica; y b) no existe *un* discurso sobre desarrollo sustentable, sino varios. Su análisis resulta incompleto, puesto que se limita al discurso dominante y a los intereses que representa, es decir los del capital internacional y de sus aparatos políticos.³

Para ampliar esta visión, es importante volver a la segunda alternativa que menciona Rist (*Ibid.*:398), o sea a “las prácticas de ciertos movimientos sociales del Sur”. Éstos constituyen una consecuencia social imprevista de la difusión planetaria del *oximōron*. Se observa una tensión entre la voluntad de crecimiento económico a cualquier precio que la élite político-económica internacional ha logrado imponer como discurso dominante (con sus implicaciones en cuanto al agotamiento de recursos y a la producción de desechos), por una parte, y por otra, la voluntad, no sólo de sobrevivir, sino de mejorar la vida humana preservando el entorno, particularmente las especies vivas, voluntad que se apoya en un amplio abanico de prácticas de base. Coincido con Arturo Escobar cuando dice que las múltiples facetas del desarrollo forman un campo discursivo que se despliega a través de prácticas (Escobar 1995). En este ámbito de la razón práctica, es importante analizar los *diferentes* discursos contemporáneos relativos al desarrollo sustentable, los actores que los defienden y las prácticas que proponen para resolver, cada uno a su manera, el *oximōron* al que nos referimos.

-
3. Es interesante notar que Rist (1996:404), a partir de una crítica acertada del discurso oficialista sobre el desarrollo, y a pesar de subrayar el interés de varios movimientos alternativos del Tercer Mundo, desemboca en un relativismo postmodernista que pone en plan de igualdad a todos los discursos: “La ‘ciencia’ no es ni más cierta ni más absurda que otra creencia.” Esta relativización del discurso científico es compartida, curiosamente, por la derecha internacional, encabezada por la administración estadounidense que sigue pretendiendo, por ejemplo, que “el efecto invernadero no está comprobado”, a pesar de que todos los estudios realizados apuntan a lo contrario. Este relativismo legitima el consumo creciente de hidrocarburos y, por lo tanto, la ocupación militar de los países que poseen las reservas de petróleo.

EL DISCURSO SOBRE DESARROLLO SUSTENTABLE EN SU DIVERSIDAD:
ACTORES Y PRÁCTICAS

En uno de los pocos libros que intentan sintetizar el enfoque emergente de la ecología política (del que hablaré más adelante), Bryant y Bailey se proponen estudiar “los intereses, las características y las acciones de distintos grupos de actores [implicados] en conflictos político-ecológicos” (Bryant y Bailey 1997:23). Luego pasan a reseñar estudios sobre la dimensión medio-ambiental de los cinco tipos de actores más significativos: los Estados, del Norte y del Sur, las instituciones multilaterales (ONU, FMI, BM, FAO...), las empresas transnacionales y locales, las ONG’s y los actores de base (*grassroots*) o sea, los movimientos sociales de campesinos, de mujeres, de indígenas, de ambientalistas, etcétera. Sin aspirar a este enciclopedismo, me dedicaré aquí a distinguir, en la plétora de textos, programas y acciones, algunas tendencias básicas, en función de sus premisas fundamentales, relacionándolas con los actores sociales que las manejan. Tomaré como base de reflexión la clasificación hecha por Brand. Él identifica cuatro tipos de discursos o ideologías sobre desarrollo sustentable, a los que llama respectivamente: *Business as usual*, modernización ecológica, ecologización estructural y tradicionalismo antimodernista (Brand 2000:144 ss). Su tipología me parece particularmente interesante porque incluye los discursos opositores sobre ambiente, y no sólo el discurso dominante.

Business as usual o el ultraliberalismo ambiental (Brand 2000:144-145)

Este discurso económico-ecológico es dominante hoy entre quienes toman las decisiones-clave, no sólo en Estados Unidos sino en la gran mayoría de los países del Norte y del Sur. Como discurso, descansa sobre un doble enunciado. En primer lugar, define el desarrollo sustentable como un *crecimiento económico que se sostiene dentro de las leyes del mercado*, sin apoyo externo (por ejemplo estatal): lograr producir siempre más y aumentar la productividad del trabajo y las ganancias. Sólo así se logrará, dice este discurso, “satisfacer las necesidades del presente” e incluso ayudar a los individuos y a los países pobres. En realidad, no habrá ni siquiera que

ayudar mucho: si ellos siguen las reglas del juego pronto dejarán de ser pobres. Gracias a lo que Adam Smith llamó la “mano mágica” del mercado, el crecimiento capitalista se acompaña de una redistribución “natural” de la riqueza (el célebre “efecto de percolación” o *trickle-down effect*).

En cuanto a la naturaleza, según esta escuela, que inspira directamente la política económica y energética mundial, es considerada como un recurso más, o un conjunto de recursos, que se deben privatizar por el bien de todos y de la propia naturaleza. En cuanto a las necesidades de las generaciones futuras, están aseguradas por el progreso científico-tecnológico que logrará: 1) sustituir los recursos naturales por recursos industriales, a medida que los primeros se vuelvan más caros al escasear; y 2) “evacuar” de forma segura los desperdicios que producimos: desde las bolsas de plástico hasta las viejas pilas atómicas.

Gracias a su arraigo en las más altas esferas del poder económico y político global, este discurso ultraliberal es actualmente *hegemónico*, es decir, define la propia estructura del campo de los conocimientos y de las prácticas tecno-financieras relativas al desarrollo y al ambiente. Éstas las llevan a cabo las instituciones del llamado “consenso de Washington” (FMI, BM), la Organización Mundial de Comercio (OMC) y los bancos regionales de desarrollo. Particularmente a través del manejo de la deuda internacional, estas instituciones han logrado imponer su discurso a escala planetaria, sobre todo después de la crisis económica y financiera de 1982. Los otros conjuntos de discursos y prácticas, que examinaremos más adelante, tienen que definirse en relación con este discurso hegemónico. Sin embargo, éste no se viene desplegando armoniosamente desde que nacieron el concepto y la praxis del desarrollo, a finales de la Segunda Guerra Mundial, como se podría deducir de la lectura de Rist. Hubo varios puntos de inflexión y de reorientación, en particular a principios de los años 70, cuando el fracaso de la política de modernización suscitó una oposición que logró ser eficaz, tanto en el ámbito social y de género, como en el ambiental. El discurso dominante tuvo entonces que incorporar varios de estos cuestionamientos.

En resumen, el discurso ultraliberal resuelve el *oximõron* del desarrollo sustentable reduciendo la dimensión medio ambiental a la preservación de algunos limitados espacios donde “se conserva la naturaleza virgen”: es el

parque nacional, rebautizado “reserva de la biósfera”. Mientras tanto, se siguen saqueando los bosques, la agro-industria contamina los suelos con pesticidas y las flotas pesqueras terminan de aniquilar las grandes poblaciones de peces. El discurso dominante puede, hasta cierto punto, reconocer incluso los “derechos de la naturaleza”. Luc Ferry demostró cómo este conservacionismo no es *el contrario* del utilitarismo capitalista, sino *su complemento* histórico necesario, puesto que le da su legitimidad (Ferry 1992:83 ss).

La fiscalidad ecológica (tributación ambiental) o el reformismo desde arriba

Pensamiento hegemónico, sin embargo, no quiere decir pensamiento único. Existen otros discursos porque la complejidad de los fenómenos reales siempre acaba por escapársele al discurso dominante, a menudo por los propios desequilibrios socio-económicos y ecológicos que generan las prácticas asociadas a él.

Como alternativa apareció en Europa Occidental otro discurso sobre desarrollo sustentable que Brand (2000:145) llama la “modernización ecológica” y que designaré como “fiscalidad ecológica”, de acuerdo con la mayoría de los autores (Higón Tamarit 2003). Asociado con las corrientes socialdemócratas, esta línea de pensamiento cuestiona un postulado fundamental del discurso ultraliberal: la privatización de la naturaleza (por ejemplo, los debates actuales sobre la privatización del agua). Al contrario, el discurso social-demócrata la define como un bien común, cuyo mantenimiento y reproducción no es compatible con su apropiación privada.

¿Cómo proteger la naturaleza dentro del sistema de mercado capitalista? Modificando la contabilidad nacional, para incluir los “costos ambientales” de la producción. Por ejemplo, supongamos una empresa maderera que tala anualmente diez millones de árboles para producir un millón de toneladas de pulpa de papel, que se vende a \$200 por tonelada. El valor total de la producción es de \$200 millones, y sus costos de producción son de \$160 por tonelada; la ganancia es de 40 millones, es decir 20 %. Que la naturaleza, bien colectivo, se haya empobrecido en 10 millones de árboles no aparece en ninguna parte. Lo que propone el “economista verde” es que se evalúen

estos árboles (y cualquier otro recurso) y que las empresas tengan que incluir este valor en sus costos y pagar por ello. Por ejemplo, si suponemos que producir un árbol adulto en pie cuesta \$10 la empresa tendría que devolver al bien común un tributo ambiental de \$100 millones. En vista de lo cual, o bien tendrá que subir los precios, reduciendo el consumo de estos recursos, o bien usará otra materia prima para producir papel: por ejemplo papel viejo, lo que reduce la destrucción ambiental. Utilizando 80 % de papel reciclado, las empresas necesitarán sólo dos millones de árboles y verán reducir su tributo ambiental a \$20 millones, lo que puede ser absorbido sin mayor problema dentro del actual costo de producción. El mismo principio se aplicaría para los costos de descontaminación del ambiente después de un proceso industrial.

En principio, esta vía de solución del *oximõron* parece aceptable por los grupos dominantes, puesto que el mercado, la producción privada, los empresarios, las ganancias, todo seguiría funcionando como ahora. Pero en veinticinco años nunca fue aceptado como tal: en ninguna parte se encontraron los “empresarios verdes”. Se puede suponer que la clase empresarial tuvo miedo de que, si se empezaba a valorar el ambiente, apareciera con toda claridad el saqueo de recursos que se está llevando a cabo y la destrucción ocasionada por sus desechos. Entonces, la opinión pública podría incluso cuestionar la legitimidad de tal o cual actividad industrial, minera o forestal.

En la dimensión internacional, sin embargo, se generaron dos formas híbridas y parciales de fiscalidad ecológica. La primera se llamó en inglés *Eco-Swap*, o sea, “cambio de deuda por mejora medioambiental”. Un banco o una agencia financiera internacional propone a un país endeudado (invariablemente del Tercer Mundo) anular una parte de su deuda externa (expresada en dólares o en euros) si éste acepta el gasto de una cantidad equivalente en mejoras al ambiente (gasto hecho en moneda nacional). Además de conservar preciosas divisas extranjeras, el gobierno beneficiario crea empleos (por ejemplo los que siembran y cuidan los árboles) y puede incluso recuperar una parte de su gasto con los impuestos adicionales cobrados. Gracias a este sistema, Costa Rica, por ejemplo, pudo mejorar sus parques nacionales. Es interesante notar que fueron generalmente los

sectores financieros, y no extractivos, los que financiaron estos proyectos, y nunca en sus propios países.

La otra práctica no es tan inocua; en realidad es siniestra. Casi todos los países industriales han aumentado sustancialmente sus emisiones de CO² desde la Cumbre de Río (1992), y ninguno quiere reducirlas seriamente. Lo demuestran los regateos que rodean la aplicación del acuerdo de Kyoto, todavía sin firmar por el mayor contaminador del planeta. En este contexto se inventaron los “derechos a contaminar”, con el detalle adicional de los “pozos de carbono”. Cada país tiene un cierto número de “derechos” que corresponden a su nivel de emisiones de 1992. Puede utilizarlos o venderlos a otro si reduce su propia contaminación. Se supone que, a la larga, se pondrán muy caros esos derechos y que la *ley del mercado* hará que sea más ventajoso reducir la contaminación. Paralelamente, como ésta es un fenómeno global, un país puede aumentar sus emisiones de CO² si, por otra parte, procura absorber carbono en algún punto del planeta, reforestando, por ejemplo. Es así como Canadá, que aumentó en 30% su contaminación entre 1992 y 2002, otorga fondos a una ONG boliviana para que cree un “pozo de carbono” plantando árboles, mientras que sigue la tala en blanco en los bosques canadienses. La eficacia de la medida aparece crudamente cuando uno se da cuenta de que, si bien los árboles absorben mucho carbono mientras crecen para constituir su materia leñosa, cuando se queman o se pudren, liberan todo el carbono almacenado. Más allá del efecto teatral de “sembrar árboles”, a largo plazo el impacto sobre la emisión de CO² es nulo.

Este breve examen del discurso de la fiscalidad ecológica y de su impacto sobre la sustentabilidad muestra la importancia de relacionar siempre los enunciados con la práctica de los actores. Desde la perspectiva teórica, el tributo ambiental puede parecer aceptable a los actores dominantes, al no cuestionar las bases de la producción capitalista. En realidad, no corresponde a la percepción que de sus intereses tienen estos actores. Su única expresión internacional fueron unos programas que, o bien no tienen ningún impacto real sobre la sustentabilidad global (los *Eco-Swaps*), o bien encubren toscamente el incremento del deterioro ambiental por parte de los países industrializados (los “pozos de carbono”).

La “cultura verde” o la ecologización estructural (Brand 2000:146 ss)

Esta tercera vertiente se inscribe en clara oposición al ultraliberalismo hegemónico y fue elaborada principalmente por las corrientes ecologistas o “verdes” de Europa Occidental. En vez de tratar de introducir, desde arriba, cambios técnico-financieros que sigan la lógica del capital, la “cultura verde” cuestiona esa lógica a partir de una nueva identidad, de una nueva “cultura de la especie humana como componente de la naturaleza” (Castells 1997:II-151). El discurso verde relaciona el desastre ambiental con dos fenómenos directamente perceptibles por la gente: el *consumo*, por una parte, y los *desechos tóxicos*, por otra. Cada vez más gente es consciente que el aire que respira y el agua que toma están cargados de contaminantes. En varios países la carne de res y luego la de cerdo y la de pollo, se vuelven de repente incomedibles, sea por contagios nuevos (“la vaca loca” y la peste aviar), sea por el exceso de antibióticos. El discurso que Brand llama la “ecologización estructural” quiere fundar un desarrollo sustentable en la consciencia creciente del impacto de la degradación ambiental global sobre la vida cotidiana. En forma consecuente, como eje de solución propone modificar profundamente las pautas de consumo.

Un ejemplo interesante es el de Holanda, que quizás fue el país que más avanzó en esta dirección a partir de los años 1980 (Brand 2000:150 ss). Sus principios fueron: a) reducir al máximo el consumo de recursos no-renovables o no-reciclables y sustituirlos, lo más posible, por recursos renovables y reciclables, por ejemplo, remplazar las bolsas de plástico por bolsas de papel y recipientes de vidrio; b) ajustar el consumo de los recursos renovables a su tasa real de renovación: hay un límite determinado a la explotación sustentable, tanto de los peces como de los árboles; y c) reducir las emisiones nocivas de toda clase de desperdicios al nivel de la capacidad del medio para procesarlas (y no simplemente almacenarlas) sin poner en peligro las condiciones de vida de los humanos o de otras especies (Brand:149). Es importante añadir que los Verdes holandeses, como los alemanes y escandinavos, se situaron de entrada en la escal global, o, más bien, relacionaron lo local con lo regional y lo global, tanto en el ámbito de flujos de mercancías como de contaminantes.

A partir de 1989, fundándose en los datos científicos disponibles, el Plan Holandés de Política Ambiental, observó un “déficit medioambiental importante” y fijó un plazo de 21 años para alcanzar reducciones bastante drásticas. Llegaron a la conclusión de que se debían reducir, por ejemplo: a) el consumo de metales nuevos en un 80%, lo que implica un reciclaje íntegro de toda la chatarra; b) el consumo de carne, sobre todo de res, entre el 60 y el 80%, modificando así uno de los valores fundamentales de la “sociedad de bienestar”; c) las emisiones de CO² en un 60%, lo que implica reducir el consumo de hidrocarburos hasta un litro diario de combustible por persona: los coches permanecerían casi siempre estacionados remplazados por el transporte colectivo y la bicicleta.

El Plan nunca se aplicó íntegramente porque, a pesar de una conciencia ecológica más difundida que en otros países, la mayoría de los holandeses no estaban de acuerdo con modificar tan drásticamente un modo de vida y de consumo establecido durante todo el siglo xx y que había llegado a ser una normalidad arraigada en el imaginario común. Sin embargo, a pesar de no haber alcanzado los objetivos iniciales, este discurso tuvo un impacto notable. Precisamente porque, contrariamente a la “tributación ambiental” destinada a medios gubernamentales y empresariales, se dedicó un gran esfuerzo a la educación del público y muchas de sus ideas fueron asumidas como algo a la moda, en particular por los jóvenes: reciclar papel y vidrio, comer más verduras y menos carne de res, que es la de menor “rendimiento ambiental”. Los propios gobiernos, en Holanda y otros países, “se subieron al tren en marcha” y adoptaron medidas sectoriales que, además de tener cierto impacto medioambiental ya tenían valor simbólico para una amplia franja de la sociedad.

Hay que subrayar que, desde sus inicios, la concientización verde adoptó una perspectiva global, incluyendo la problemática del Tercer Mundo, sobre todo las cuestiones relacionadas con la desertificación, la deforestación y los pueblos indígenas. Se realizaron campañas de solidaridad con grupos indígenas y campesinos para preservar ecosistemas amenazados, sea por la destrucción de bosques en Canadá o en Brasil, sea por la explotación petrolera en Alaska o en Ecuador. Progresivamente, se creó un nexo entre grupos ecologistas de Norteamérica y Europa, y entre organizaciones

populares, campesinas e indígenas del Sur. La construcción de este nexo fue generalmente obra de un nuevo actor en el campo del ambiente, las Organizaciones No Gubernamentales (ONG).

La idea de “conservar la naturaleza” a escala planetaria hizo puente con otra idea, la de justicia social mundial, también presente en el desarrollo sustentable (“satisfacer las necesidades del presente”) y dio lugar, entre otros, al Comercio Justo (*fair trade*). La idea es rebasar la telaraña de las transnacionales del café o del cacao y establecer una red solidaria entre pequeñas cooperativas de productores campesinos e indígenas del Tercer Mundo y tiendas naturistas o de productos “orgánicos” de Europa y Norteamérica.

Otra vez se puede apreciar cómo el campo de la praxis tiene su propia dinámica que lleva a resultados que suelen alejarse bastante de lo que esperaban los actores que elaboran determinado discurso. Por ejemplo, los Verdes querían acabar con la amenaza atómica de la Guerra Fría y con el despilfarro consumista del capitalismo: en concreto, ayudaron a concientizar ciertos sectores, a imponer el reciclaje de determinados desechos y a crear canales alternativos de comercialización para productos campesinos.

La conclusión parece ser que, por medio de la educación, pueden ser cambiadas ideas y actitudes, en dirección de un desarrollo sustentable, siempre y cuando el cambio no choque de frente con lo que la gente ha llegado a considerar como “el sentido común”: en los países del Norte, comer algo de carne y viajar en coche. Por otra parte, por sus intereses específicos, algunos sectores populares se revelaron más difíciles de convencer. Por ejemplo los sindicatos norteamericanos, sobre todo los del sector extractivo argumentan contra el idealismo de los activistas verdes y sus aliados indígenas, quienes rechazan el progreso y son insensibles a la creación de empleos en los sectores forestal, minero y pesquero. También puede apreciarse cómo los actores dominantes, los que producen y reproducen el discurso hegemónico, ni se dejan subvertir fácilmente por los nuevos valores, ni son absolutamente impermeables a ellos. Aceptan e integran algunas críticas y sugerencias, con tal que sean apoyadas por movimientos sociales significativos, pero sólo en la medida en que sean compatibles con los modelos existentes de acumulación y de poder. Una vez que la gente está de acuerdo con reciclar el vidrio y el papel, se puede convencer a una administración local de

recogerlos; pero todavía no se han acumulado suficientes fuerzas para obligar a las transnacionales del petróleo a dejar de usar buques-chatarra como el Prestige, que devastó las costas de Galicia en 2002.

El ecologismo radical

Esta cuarta línea discursiva, que Brand (2000:147) denomina “tradicionalismo anti-modernista”, se define a sí misma como “biocéntrica”, en oposición a las anteriores que serían todas “antropocéntricas”. Su postulado de base, en palabras de uno de sus más conocidos teóricos, el noruego Arne Naess, es que “el florecimiento de la vida humana y no humana en la Tierra tiene valor en sí mismo. Estos valores son independientes de la utilidad del mundo no humano para los objetivos humanos” (Naess, citado por Castells 1997:141). Todos los seres vivos tienen los mismos derechos sobre la tierra. Esa vertiente biocéntrica, la “ecología profunda” (*deep ecology*) considera que el problema de este planeta empieza con el despegue de la civilización industrial, en la Inglaterra del siglo xvii, la que se extenderá progresivamente al resto de Europa y del planeta. Con la generalización de la economía mercantil se perdió, según ellos, este contacto directo con la naturaleza que había antes y que era el único “desarrollo sustentable” que jamás existió. La historia moderna es la de un expansionismo demográfico y económico desenfrenado que impuso al planeta entero la destrucción de la naturaleza, transformada en “recursos”, y de los pueblos y culturas tradicionales, que vivían en armonía con ella. Nunca hubo ni *progreso* ni *desarrollo*, sino, al revés, una degeneración que terminará pronto en apocalipsis si no regresamos pronto a una vida más “natural”. Hay que abandonar el binomio hombre-naturaleza en favor de una concepción holística (otra palabra clave) *humanos-en-la-naturaleza*; remplazar la dominación humana por la simbiosis y la igualdad biosférica; abandonar la actual complicación tecno-económico-social por unidades sencillas, igualitarias y autónomas (Castells 1997:149).

Estas posiciones sirven de base a un amplio abanico de prácticas diferenciadas. Para algunos, la solución se debe buscar, ante todo, en el ámbito del comportamiento individual. El vegetarianismo es una constante

casi universal; también se encuentran la adhesión a religiones orientales (neo-budismo), a la “hipótesis Gaia” de Donald Hughes, a ritos y creencias indígenas (chamanismo) y a la cultura *new age* (Merchant 1992:110 ss). El *ecofeminismo* también pertenece a esta corriente (Castells 1997:142). Algunos van más lejos y establecen comunas en el campo, lejos del ruido enloquecedor y de la contaminación de las ciudades. Cuando se implican socialmente, rechazan la guerra y toda forma de violencia; entonces coinciden con los verdes “antropocéntricos”, igual que cuando rechazan el consumismo actual de los países ricos y exigen de los gobiernos políticas medioambientales.

Los “ecologistas profundos” consideran que las corrientes anteriores no identifican la verdadera raíz del mal, por lo que sus prácticas son totalmente insuficientes para cambiar cualquier cosa. Más allá del despilfarro industrial-mercantil, para ellos es impensable “rescatar la tierra”, reconstituir relaciones naturales entre nuestra especie, que cuenta con 6 000 millones de individuos, y las demás. Habrá que volver al equilibrio premoderno que prevalecía en el momento del descubrimiento de América, o sea, cuando la Tierra contaba con unos 500 millones de habitantes: “El florecimiento de la vida y cultura humana es compatible con un descenso sustancial de la población humana. El florecimiento de la vida no humana requiere este descenso” (Castells 1997:141). Igualmente, para otros ecologistas profundos, el vegetarianismo personal no afecta la masacre a gran escala de animales en los mataderos ni las torturas a las que están sometidos en los laboratorios. Para acabar con estas situaciones que consideran inaceptables, algunos grupos promueven acciones directas que rebasan con mucho los impactos publicitarios de *Green Peace*, como los atentados del Frente de Liberación de los Animales (*Ibid.*:142).

Es interesante notar, como lo subraya Castells, que tanto los Verdes como los ecologistas radicales, han desarrollado una relación ambigua con la ciencia “revelando la verdad que ocultan los intereses creados. Aunque critican el dominio de la ciencia sobre la vida, los ecologistas utilizan la ciencia para oponerse a la ciencia en nombre de la vida.” (*Ibid.*:148). Entre las ciencias sociales su predilección va hacia la antropología. En el enorme museo de la etnografía, buscaron ejemplos de pequeñas sociedades que viven/vivían en perfecta armonía con la naturaleza. Y las encontraron en una vertiente romántica permanente del imaginario antropológico: la Teoría

del Buen Salvaje.⁴ Esta visión tuvo muchos adeptos en los años 1970 y 1980, particularmente en Francia (Clastres 1972, Jaulin 1973, Lizot 1976), pero también entre los *cultural ecologists* de Norteamérica (Lee 1979).

La ecología radical postula que el equilibrio primordial entre hombre y naturaleza ha sido destruido con la expansión mundial de una civilización industrial etnocida y ecocida. Esta concepción tuvo un destino que rebasó en mucho los círculos reducidos de militantes ecologistas y de antropólogos. A partir de los años 1970, surgió, en las Américas primero, un amplio movimiento indígena (Bonfil 1981). El nuevo actor social entró en contacto con el discurso antropológico y ecologista y se apoderó de una parte de sus símbolos, no sólo para denunciar el *etnocidio* que seguía vigente, sino también para reclamar su contrario: un *etnodesarrollo* (Bonfil *et al.* 1982). Por lo tanto, sus voceros le quitaron al ecologismo radical su biocentrismo, idealista y nostálgico, para reintroducir las necesidades de los grupos humanos existentes en las relaciones con el ambiente.

Acabamos de ver que el debate sobre el desarrollo sustentable se tradujo en la aparición de varios discursos, incluyendo posiciones políticas y filosóficas distintas, desde el ultraliberalismo conservador hasta el cuestionamiento radical de las orientaciones básicas del desarrollo que los países de Occidente han seguido en los últimos siglos. La deconstrucción de esos discursos ha permitido ver que no son complementarios, sino incompatibles, tanto desde un ángulo conceptual como en lo que se refiere a las prácticas que los actores sociales promueven. Para rebasar este enfrentamiento discursivo, propongo adoptar una perspectiva emergente, la de la ecología política.

4. Margaret Mead fue quien declaró: “Si uno está a disgusto con su sociedad, se hace sociólogo; si está a disgusto consigo, se hace sicólogo; si está a disgusto consigo y con su sociedad, se hace antropólogo”. Los etnólogos escogemos este oficio a menudo por rechazo de algunos aspectos de nuestra sociedad tecnológica. Aunque por lo general volvemos a establecernos en esta sociedad después de nuestras experiencias de campo, solemos llevar adentro gratos recuerdos de las pequeñas comunidades donde pasamos largos y agradables momentos. Y si no somos críticos de nuestra experiencia, nuestras monografías siempre tendrán un perfume de Paraíso Perdido.

UN ENFOQUE INTEGRADOR: LA ECOLOGÍA POLÍTICA⁵

Se trata de una expresión gemela de “economía política”. Así como ésta pretende asentar la “grandes leyes” de la economía en el terreno concreto de los sistemas económicos y sociales, la ecología política, decididamente antropocéntrica, coloca al “humano-en-sociedad-y-cultura” en el centro de los ecosistemas. La ecología política busca integrar *el análisis de las relaciones que una sociedad mantiene con su ambiente (ecosistema), por una parte, y por otra, con las múltiples relaciones que los humanos mantienen entre sí, tanto en el plano económico (producción, reparto y consumo de bienes y servicios) como en el político (distribución de poder) y el simbólico (sistemas de representaciones de sí, del Otro y del ambiente)*.⁶

¿Qué luz puede echar la perspectiva de la ecología política en la problemática actual del desarrollo sustentable? De entrada, sin olvidar el estudio detallado de situaciones locales y regionales, sitúa el concepto de desarrollo sustentable en el *ámbito global* porque en esa escala actúan hoy en día las fuerzas más importantes: los mercados mundiales, el sistema financiero ya sin fronteras, la hegemonía político-militar de la superpotencia americana, la cultura mediática del consumo y el ambiente globalizado, desde el efecto invernadero hasta la difusión de semillas modificadas genéticamente. En segundo lugar, no se puede prescindir de los *antecedentes históricos* que permiten comprender una determinada correlación de fuerzas. Y, en tercer lugar, rechaza un determinismo mecanicista: la historia no está escrita de antemano, la hacen los *actores sociales* dentro de las posibilidades y límites que dicta una correlación de fuerzas. Por *actor social*, entiendo todo grupo de humanos que se une, independientemente del Estado, en torno a una cierta visión de la sociedad: pueden ser institucionalizados, como las Iglesias o los sindicatos, o en vías

5. Este concepto es muy similar al que el antropólogo mexicano Víctor Manuel Toledo llama “etnoecología” (Toledo 1992). Como está teniendo una aceptación más amplia “ecología política”, es ésta la expresión que utilicé aquí.

6. O, como dice Escobar: “el estudio de las múltiples articulaciones de la historia y de la biología, y las inevitables mediaciones culturales a través de las cuales se establecen tales articulaciones” (Escobar 1999:280).

de organización/institucionalización, como las mujeres, los indígenas, los Verdes... Hay un *movimiento social* cuando un actor o un conjunto de actores lucha por imponer sus representaciones como hegemónicas en el escenario social. Las *organizaciones sociales* las forman actores/movimientos en su proceso de afianzamiento, de institucionalización.

Durante un período histórico determinado, algunos actores/movimientos/instituciones logran controlar el aparato de Estado y los medios de producción esenciales: hoy, los recursos naturales clave, como el petróleo, la producción de bienes estratégicos, como los relacionados con la informática, y el capital financiero transnacional, sobre todo. Si las ideas dominantes suelen ser las de la clase dominante, como decía Marx, éstas no son las únicas. A lo largo de la historia, y mucho más aún bajo el capitalismo, gracias al desarrollo de las comunicaciones, varios actores no dominantes producen sistemas alternativos de representación de la sociedad y de la naturaleza. El impacto de éstos dependerá, por una parte, de la fuerza de los movimientos sociales y de las prácticas propias que pueden generar sus actores, y por otra, de su congruencia con las ideas dominantes. Si son muy congruentes con éstas, el grupo que está en el poder las puede recuperar con facilidad. Por ejemplo, la voluntad de las mujeres de estar presentes en las esferas del poder se pudo cumplir, en parte, sin mucho cambio estructural, a diferencia de sus reivindicaciones en favor de la igualdad de remuneración y autonomía en su vida reproductiva. Si los objetivos de los actores y de los movimientos contradicen de pleno los postulados básicos del sistema de representaciones imperante (individualismo, ganancia máxima, jerarquía sexual, militarismo), éste trata de aplastarlos o de marginalizarlos. Si no lo logra, tendrá que ceder cuotas de poder: por ejemplo, el capitalismo del siglo xx a los sindicatos, las sociedades modernas a los movimientos feministas y ecologistas.⁷ Como lo expuse en la reflexión inspirada por Brand, el *oximõron* señalado por Rist en el “desarrollo sustentable” se

7. Pienso que podemos extender a estos dos movimientos la afirmación que hace Castells acerca del movimiento ecologista: “Si hemos de evaluar los movimientos sociales por su productividad histórica, por su repercusión en los valores culturales y las instituciones de la sociedad, en el último cuarto de este siglo [se han] ganado un lugar destacado en la aventura humana.” (Castells 1998:135).

resuelve en el ámbito de las prácticas de los diferentes actores sociales y de los movimientos sociales que surgieron en el propio proceso histórico.

A los ultraliberales de hoy les gusta recordar que las predicciones apocalípticas de Malthus, de principios del siglo XIX, no se realizaron. Se suele atribuir al progreso científico y técnico la superación de las famosas “tijeras malthusianas”, es decir, la contradicción entre el crecimiento geométrico de la población y el crecimiento aritmético de la producción de los víveres. Y es cierto que la aplicación de la ciencia a la agricultura permitió la “revolución verde”. Pero hay que notar también que la expansión colonial, primero, y después el control neo-colonial, fueron esenciales para la *viabilidad socio-económica* y la *sostenibilidad ecológica* de las economías centrales. La “ley del mercado” nunca fue esa cosa externa y neutra que se describe en muchos manuales de economía. La globalización económica que empezó hace cinco siglos siempre tuvo lugar dentro de una relación desigual entre las metrópolis, centros de poder y los pueblos dependientes. Las primeras disponían, y siguen disponiendo, de un amplio espacio social y ecológico de donde abastecerse en materias primas esenciales para su crecimiento, en condiciones muy favorables, y hacia donde mandar sus excedentes de producción y también de población: la migración Norte-Sur de millones de personas precedió la actual migración Sur-Norte. Desde la perspectiva económica, el colonialismo impuso por primera vez la división internacional del trabajo cuyas consecuencias son aún muy palpables. Los países del Norte se reservan la producción industrial estratégica, los países del Sur proporcionan materias primas. Inglaterra podía crear espléndidos parques, mientras el trigo venía de sus colonias americanas a donde precisamente enviaba a los ex campesinos ingleses e irlandeses. Tiempo después, el algodón de la India y de Egipto remplazaba la lana de las ovejas en los textiles del Lancastershire. Al mismo tiempo, los progresos científicos aplicados a los cultivos, al transporte, a las telecomunicaciones, a la medicina, reforzaron la creencia de que la ciencia lo resolvería todo.

Este afianzamiento económico-ecológico-demográfico del Norte debido a la colonización, se acompañó de una fragilización progresiva de la viabilidad económica y ecológica de las sociedades del Sur. Aun después de las independencias políticas, se siguió profundizando este proceso. A

partir de fines del siglo XIX, en América Latina y más tarde en Asia y en África, economías y sociedades indígenas y campesinas autosostenibles pasaron a ser dependientes de mercados externos fluctuantes. Como la tendencia histórica a largo plazo es a la baja de los precios de las materias primas en relación con los productos industriales, la “solución” fue exportar cada vez más, reduciendo su autosuficiencia y destruyendo la base de su sostenibilidad, la tierra. Aunque desastroso para las sociedades dependientes, esta situación resultó ventajosa para sus élites, que tenían el papel de intermediarios en este intercambio desigual.

A la larga, la sustentabilidad de los propios países del Norte resultó también fragilizada. En el campo, la llamada “revolución verde”, que caracterizó al siglo XX, sustituyó los abonos naturales por fertilizantes químicos, a los que gradualmente se añadieron los pesticidas. Los fertilizantes químicos se traducen en una alteración bioquímica del suelo, destruyendo la fauna microbiana del humus: la tierra fertilizada tiene que continuar siéndolo, lo que permite jugosas ganancias para el floreciente sector agro-alimentario. Los pesticidas atacan más a fondo: las mismas toxinas que matan a los insectos matan a los humanos, quienes por ser muy longevos y estar situados al final de la cadena alimenticia, los van acumulando. Un resultado es el aumento geométrico de cáncer durante el siglo XX. No se ha logrado hasta ahora revertir estas tendencias.

Entre 1917 y 1990, los marxistas llevaron a la práctica su teoría y una praxis que “solucionaría” las contradicciones internas e internacionales del capitalismo, como las desigualdades en relación con la propiedad y el imperialismo. Si bien se pudo observar en la ex Unión Soviética, en China y en Cuba, una reducción relativa de las diferencias sociales, en los primeros decenios que siguieron a la revolución, la construcción del llamado “socialismo real” hizo cuerpo en una sociedad agro-industrial que pareció una variante bastante cercana a la occidental: Estado, organización jerárquica del trabajo, mercado y precios, desigualdad ciudad-campo, y todo ello con mucho menos libertad política y derechos individuales. Desde el principio, las nuevas élites socialistas se obsesionaron por alcanzar lo antes posible el nivel de producción del Occidente capitalista, y compartían su fe ciega en la ciencia para dominar exitosamente la naturaleza. En cuanto a las relaciones con el

ambiente, los dirigentes soviéticos no tuvieron siquiera la “consideración” – secundaria entre la élite capitalista anglosajona– por preservar algo de parques o reservas naturales: se aró sin piedad el humus muy delgado de las llanuras de Kazakhstán y se sembró un mar de algodón, regado con las aguas dulces del mar de Aral. El resultado es conocido: un desierto y un mar seco... Esta visión se exportó en su momento a los “socialismos periféricos” con resultados muy similares, salvo cuando chinos y vietnamitas decidieron dar más lugar a los conocimientos y a las prácticas milenarias de sus campesinos, evitando la catastrófica colectivización estalinista. Pero la línea de modernización a ultranza contradecía una verdadera preocupación por la capacidad de autorregeneración del ambiente: globalmente, el Oeste y el Este compartieron un sólo modelo de mal desarrollo e insostenibilidad, arraigado en las mismas premisas de crecimiento máximo y de instrumentalización de la naturaleza.

En resumen, si se aplica el enfoque de la ecología política a la problemática actual del desarrollo sustentable a escala global, se desprende la existencia de tres tendencias principales:

- a) Una *división internacional del trabajo*, heredada directamente del colonialismo, que reserva a las metrópolis del Norte los sectores estratégicos (informática, finanzas) y deja a los países del Sur la exportación creciente de materias primas, hasta terminar con sus reservas minerales, forestales y pesqueras. En estos países, cuando la apertura total de fronteras provoca una crisis permanente en la agricultura y en la industria nacional, la mano de obra puede llegar a ser lo suficientemente barata para que el capital transnacional decida relocalizar allí los procesos manufactureros que ya no resultan rentables en los países ricos, o que son demasiado dañinos para el ambiente a escala local. Tales prácticas son realizadas hasta que otro país presente condiciones aún más favorables al capital, provocando un éxodo de las maquiladoras, como ocurre actualmente en México, de donde están emigrando a China. Los procesos actuales del Sur ni generan desarrollo ni son sustentables, como se puede apreciar por el estallido de conflictos violentos, la sucesión de catástrofes “naturales” y el flujo creciente de refugiados e inmigrantes clandestinos. De manera más general y obvia, la fauna, la flora, las aguas y los suelos del mundo, han recibido un impacto profundo de la presencia humana y tienen poco que ver con la naturaleza que el ecologismo

conservacionista se propone “preservar”. Sin embargo, sí quedan cientos de millones de pequeños productores directos, campesinos, pescadores y artesanos cuya mera supervivencia está directamente relacionada con la sustentabilidad de sus maneras de explotar el ambiente. Para la ecología política resulta estratégico estudiar estas formas productivas y sus modos de articulación al capitalismo dominante, para evaluar sus posibilidades reales de sustentabilidad a mediano y largo plazo.

- b) La muy mencionada *reducción de la capacidad reguladora de los Estados nacionales* no se hizo a favor de consensos internacionales, como aún se soñaba hace pocos años, por ejemplo en la Cumbre de Río y por medio del Protocolo de Kyoto. En el ámbito económico han tomado el relevo las decisiones privadas de un número reducido de empresas transnacionales bajo la dirección del capital financiero, al que sólo interesa el rendimiento a corto plazo. En el ámbito político, la *regulación político-militar global* la asume un Estado hegemónico, Estados Unidos, por medio de coaliciones *ad hoc*, produciendo nuevas contradicciones e incoherencias. En este contexto, parece vano esperar de las instituciones políticas vigentes la puesta en marcha de programas de modernización ecológica. Por otra parte, la corriente socio-económica y ecologista alternativa que está tomando forma (por ejemplo en los Foros Sociales Mundiales), propone nuevas formas de producir y de distribuir la riqueza global que también deben ser sometidas a un análisis riguroso en cuanto a su sustentabilidad real.
- c) La política de ciencia y tecnología global promueve el aumento de la producción y de la productividad a cualquier precio, sin considerar ni los menguantes recursos, ni los crecientes desperdicios ya inasimilables por el ambiente. Por ejemplo, la lucha por el agua dulce no es exclusiva del Oriente Medio. Frente a la escasez mundial que se vislumbra, agudizada más aún por el efecto invernadero, las presiones globales a la privatización de la distribución tienden a reorientar los recursos existentes hacia los sectores más rentables, es decir, sustraerlos a la agricultura campesina y al con-

sumo popular y dirigirlos hacia el consumo agro-industrial y de ocio, incluyendo piscinas y campos de golf. La guerra del agua en Cochabamba, Bolivia, durante 2000 y 2001, puede ser una anticipación de una situación destinada a generalizarse, donde las luchas locales se inscribirán en forma consciente en las correlaciones de fuerzas globales. Lo mismo se puede decir de las luchas indígenas y campesinas contra los mega-proyectos hidroeléctricos que amenazan la biodiversidad y la diversidad cultural en el norte de Canadá, en la India y en la selva amazónica.

CONCLUSIÓN: VOLVER A PENSAR LA NATURALEZA

Los diversos discursos sobre el desarrollo sustentable que se originaron en las reflexiones de la CMMAD tienen como característica descansar sobre una concepción común, esencialista y fija, de la naturaleza: sea que se trate de explotarla para sacar la mayor ganancia, o de “salvarla”, ésta aparece como una realidad a la vez eterna y externa a la sociedad humana. En realidad, esta concepción es el producto de la historia occidental reciente. Nace al mismo tiempo que el capitalismo, como contrapeso a la reducción del conjunto de los seres al estado de “recursos” por el sistema mercantil lanzado a la conquista del mundo: utilitarismo y romanticismo son las dos caras de la misma moneda. Para rebasar esta concepción estática y etnocéntrica, Arturo Escobar nos propone considerar la naturaleza como el producto de un determinado estado de las relaciones sociales, lo que corresponde precisamente al enfoque de la ecología política. En esta perspectiva, no hay *una* naturaleza, sino varios “regímenes de naturaleza” (Escobar 1999:282 ss). Distingue tres tipos de regímenes:

- a) Los regímenes *orgánicos*, que corresponden a las sociedades campesinas e indígenas, en los que unas tecnologías simples mantienen un contacto directo entre el productor y su objeto de trabajo. En la producción, predomina el valor de uso: las unidades de producción (que son las familias y pueden tomar varias formas) son, a la vez, las unidades de consumo y están ligadas entre sí por relaciones de reciprocidad. En el plano simbólico, la naturaleza

y la sociedad no están separadas por fronteras ontológicas: “esta continuidad [...] es culturalmente establecida a través de rituales y prácticas” (Escobar 1999:293).

- b) El régimen *capitalista* clásico, que considera que la naturaleza está inevitablemente enmarcada y ordenada para que la utilicemos según nuestros deseos (*Ibid.*:287). El valor de cambio (determinado por el mercado) domina el valor de uso con el que se fusiona. En el imaginario moderno, que corresponde a este régimen, el mundo natural pierde su carácter sagrado, encantado, y aparece fundamentalmente distinto del mundo humano, para reducirse a su dimensión utilitaria: “La naturaleza capitalista es uniforme, legible, administrable, cosechable [...]” (*Ibid.*:289).
- c) El régimen *tecnocapitalista*, que se esboza ahora, con la posibilidad de poner la biología bajo control (*Ibid.*:302). Con el análisis y la recombinación del ADN, hoy todavía balbuceante, se pueden crear formas nuevas, combinando “lo orgánico con lo artificial”, lo cual carece de precedente. En la era actual de “post-naturaleza [...]” si la naturaleza capitalista introdujo a la naturaleza en el dominio de lo Mismo, y la naturaleza orgánica estaba/está compuesta siempre de formas localizadas, la tecnonaturaleza hace que la alteridad proliferen” (*Ibid.*:303).

Es importante subrayar que el modelo de Escobar no es evolucionista, como se podría pensar a primera vista. En muchas áreas del mundo se puede observar la coexistencia e incluso ciertas formas de integración de los tres tipos de regímenes. Él da como ejemplo la selva colombiana, donde comunidades indígenas o afro-colombianas perpetúan un régimen orgánico de naturaleza, al lado de grandes plantaciones capitalistas, visitadas por científicos que son “prospectores de bio-diversidad” (*Ibid.*:282).

Está claro que en la actualidad impera el régimen capitalista de naturaleza, el cual domina a los otros dos, y con los resultados a los que nos hemos referido desde el principio, es decir, un no-desarrollo insustentable. Pero se puede observar también que durante el último cuarto de siglo, grupos subordinados, como son las mujeres y los indígenas, han podido conquistar espacios notables dentro del propio sistema capitalista. En

cuanto a los indígenas, el grado de autonomía que han logrado en la selva brasileña, en el norte de Canadá o en las serranías mexicanas, es muy variable. Sin embargo, sus formas históricas de articulación económica con las sociedades nacionales están en crisis: ni la venta del caucho, ni la de las pieles, ni la del café les permiten hoy satisfacer sus necesidades básicas, tradicionales o nuevas. A la vez, sus regímenes “orgánicos” de naturaleza les han permitido conservar, en distintos grados, una biodiversidad que la producción capitalista tendía a hacer desaparecer de las extensas áreas bajo su control directo y que, sin embargo, parece cada día más importante para sectores clave de la actividad científica industrial, por ejemplo, en el área de la biotecnología. En este contexto, el régimen capitalista de naturaleza lleva a la destrucción de sus propias condiciones de reproducción, por una parte, y por otra, es imposible la reconversión de una sociedad mundial de 6 000 millones de humanos a los regímenes “orgánicos” que prevalecían cuando éramos 500 millones. ¿La articulación de los saberes y prácticas tradicionales con el potencial de la tecnonaturaleza podría constituir una salida? Si es que queremos recuperar a la vez la sustentabilidad y un desarrollo cuyos frutos serían socialmente compartidos, me parece esencial dotarnos de las herramientas teóricas y prácticas para explorar este camino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Beaucage, Pierre

- 2001 “Le développement à l’heure de la mondialisation. Des espaces alternatifs?”, en M. Gervais (comp.) *Développement: Pour une réflexion renouvelée. / Development: the Need for Reflection*. Montréal: Centre d’études sur les régions en développement. Université McGill, pp. 145-157.

Brand, Karl, W.

- 2000 “Del debate sobre el desarrollo sostenible a las políticas medioambientales”, en I. Bárcena, P. Ibarra y M. Subyaga (comp.) *Desarrollo sostenible. Un concepto polémico*. Bilbao, Servicio Editorial de la Universida de Bilbao, pp. 139-176.

Bryant, Raymond L. y Sinéad Bailey

1997 *Third World Political Ecology*. Londres: Routledge.

Bonfil, Guillermo (comp.)

1981 *Utopía y revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios de América Latina*. México: Nueva Imagen.

Bonfil, Guillermo *et al.*

1982 *América latina: etnodesarrollo y etnocidio*. San José (Costa-Rica): Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Castells, Manuel

1997 *La era de la información. El poder de la identidad*. (Vol. II) Madrid: Alianza Editorial.

Clastres, Pierre

1972 *Chronique des Indiens Guayaki*. París: Plon.

CMMAD (Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo)

1989 *Notre avenir à tous*. Montréal: Éditions du Fleuve.

Duchet, Michèle

1977 *Anthropologie et Histoire au Siècle des Lumières*. París: Flammarion.

Dumont, René y Marie-France Mottin

1981 *Le mal-développement en Amérique latine*. París: Seuil.

Escobar, Arturo

1995 *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.

1999 *El final del Salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: CEREC/ICAN.

Ferry, Luc

1992 *Le nouvel ordre écologique. L'arbre, l'animal et l'homme*. París: Grasset.

Higón Tamarit, Francisco J.

- 2003 “Gestión ambiental y fiscalidad ecológica.” en Luis M. Jiménez Herrero y Francisco J. Higón Tamarit (dirs.) *Ecología y economía para un desarrollo sostenible*. Valencia: Patronat Sud-Nord y Publicacions de la Universitat de València.

Jaulin, Robert

- 1973 *Gens du soi, gens de l'autre*. París : Union Générale d'Éditions.

Lee, Richard

- 1979 *The Kung San. Men, Women and Work in a Foraging Society*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lizot, Jacques

- 1976 *Le cercle des feux*. París: Plon.

Merchant, Carolyne

- 1992 *Radical Ecology. The Search for a Living World*. Londres, Routledge.

Naess, Arne

- 1989 *Ecology, community and lifestyle: Outline of an ecosophy*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rist, Gilbert

- 1996 *Le développement. Histoire d'une croyance occidentale*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

Rostow, Walt Whitman

- 1960 *The stages of economic growth*. Boston: Cambridge University Press.

Todd, Emmanuel

- 2002 *Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain*. París: Gallimard.

Toledo, Víctor Manuel

1992 "What is ethnoecology? Origins, scope and implications of a rising discipline", *Ethnoecologica* 1: 5-22.